



Juan Aldama.



DON JUAN ALDAMA.

Este militar, que tomó parte en la revolución de Dolores, fué amigo y compañero de Allende, y por él y por sus ideas políticas, se afilió entre los conspiradores de Querétaro.

Nació en San Miguel el Grande, por los años de 1769 á 1772, y pertenecía á una familia acomodada de la localidad, emparentada con otras de Querétaro y Guanajuato; se dedicó á la carrera de las armas y llegó á Capitán del Regimiento de la Reina, donde lo encontraron los sucesos de 1809; tomó parte en la conspiración de Valladolid y luego en la de Querétaro, á donde concurría con frecuencia y pesaba en la casa de su hermano político, Don José Ignacio Villaseñor Cervantes, Regidor perpétuo, que era uno de los comprometidos. Estaba, como los demás, en el secreto de que la revolución debía estallar el primero de Octubre de 1810, y entretanto que llegaba esa fecha, procuraba reclutar gente para la revolución.

Se encontraba en San Miguel, lugar de la residencia del Escuadrón que mandaba, cuando recibió en la mañana del día 15, el aviso que la Corregidora enviaba con el Alcalde Ignacio Pérez, de que la conspiración estaba descubierta; comprendiendo Aldama la gravedad de la noticia, y no teniendo con quién consultar, pues Allende no estaba en la población, se dirigió á Dolores, á donde llegó ya entrada la noche, inmediatamente

habló con aquél y luego fué introducido á la recámara, donde ya estaba recogido el Párroco; enterado éste de lo ocurrido en Querétaro, comenzó á vestirse, profiriendo la célebre frase: "Somos perdidos, señores, aquí no hay más recurso que ir á coger gachupines." Aldama pretendió hacer algunas observaciones á Hidalgo para conseguir que desistiese de tan extrema resolución, pero ni tuvo tiempo de hacerlas, pues aquél mandó llamar á su hermano de padre, Don Mariano; á Don José Santos Villa y á los serenos, y salió con rumbo á la cárcel para poner en libertad á los presos. La revolución había comenzado.

Aldama, en unión de Allende, prendió á los españoles Rincón y Cortina; y horas después salió para San Miguel con el puñado de hombres que se había reunido; allí recibió el encargo de cuidar de la seguridad de los españoles presos, á cuyo objeto destinó parte del Regimiento de la Reina, del que era Capitán, y que se reunió en la villa á los sublevados. En Celaya manifestó francamente á Hidalgo el disgusto que le causaba el sistema que empezaba á observarse, de entregar al saqueo las casas de los españoles, á lo que el Cura contestó que él no sabía otro modo de hacerse de partidarios, y que si Aldama lo tenía, se lo propusiese. Desde entonces quedó disgustado, pero ya era tarde para retirarse de la revolución, y su cabeza, así como las de sus compañeros, había sido puesta á precio.

Con el grado de Mariscal que se le dió en la promoción de Celaya, siguió en el ejército, pero poco es lo que se sabe que hizo: en Guanajuato no mandó el ataque de Granaditas, y días después, el 3 de Octubre, salió por el camino de la Sierra, en observación de los movimientos de Calleja; recorrió buen trecho de la provincia, llegó á San Felipe, y cuando se convenció de que este General aún no movía su ejército, regresó á San Miguel, engrosó sus fuerzas y siguió el camino de Celaya y Acámbaro, yendo á reunirse con el ejército en Indaparapeo; en su tránsito recibió en calidad de prisioneros á los Coronéles García Conde y Rul y al intendente Merino, que iban

comisionados por el Virrey Venegas á poner Valladolid en estado de defensa; los retuvo á su lado hasta la llegada á esa población, y evitó que se les diese mal trato. Aldama, que entró con el grueso del ejército el 17 de Octubre, no tomó parte en ninguna de las disposiciones dadas para la aprehensión de europeos y confiscación de sus bienes.

En Acámbaro recibió el empleo de Teniente general, que le fué discernido en la promoción habida allí, y con tal carácter asistió á la batalla de las Cruces, donde tuvo á sus órdenes todas las fuerzas que desde San Miguel le obedecían; fué uno de los que más disgustados se manifestaron por la retirada de México, y en Aculco se vió obligado á abandonar su familia, que se le había reunido y que ningún insulto sufrió, gracias á que el Coronel García Conde supo corresponder al buen trato que había recibido de Aldama. Este acompañó á Allende á Guanajuato, donde se ignora lo que hiciera por defender la ciudad, y á Guadalajara, donde se ocupó de reunir elementos; parece que en el puente de Calderón tuvo el mando de una de las alas del ejército independiente, y se retiró cuando vió la batalla perdida. Reunido á Allende, Arias y Jiménez, acordaron los cuatro quitar el mando á Hidalgo, como lo verificaron en la Hacienda del Pabellón, y en Zacatecas, viendo que era indefendible la ciudad, resolvieron dirigirse al Saltillo, de donde continuaron para los Estados Unidos.

Aldama, que era el de más edad y más sensato entre los caudillos militares insurgentes, consideró que su causa estaba perdida, y, en consecuencia, fué de los que más calurosamente apoyaron el proyecto de emigración, y consiguió que su hermano el Lic. Don Ignacio fuese nombrado Plenipotenciario en aquella nación y que se adelantase al ejército; al mismo tiempo hizo que Jiménez preparase alcjamientos y subsistencias en todo el camino, y dió muestras de gran actividad. Nunca creyó, como tampoco lo creyeron los demás jefes, que la traición los asechase en su ruta y contaba llegar á la frontera sin novedad;

siendo difícil decir lo que hubiera sucedido después, pues es probable que el Gobierno de Filadelfia se desentendiese de sus demandas de auxilio y que cuando mucho, nada más les permitiese hacerse de armas y municiones, vendiéndoselas muy caras.

Aldama, como todos sus compañeros, cayó preso en Acatita de Bajan y fué llevado á Chihuahua, donde rápidamente se le formó causa; aunque no se le podía probar que se había portado cruelmente, bastaba el hecho de que siendo militar se había sublevado para que se le condenase á muerte; además, su cabeza estaba pregonada y valía diez mil pesos. Condenado á la última pena, no pudo ni escribir á su familia, y recibió la muerte en unión de Allende, Jiménez y Santa María, el 26 de Junio. Su cabeza fué una de las destinadas á un ángulo de Granaditas.

En 1824 se declararon heroicos sus servicios, y su nombre fué mandado inscribir con letras de oro en el Salón del Congreso: sus restos se depositaron en la cripta de Catedral, y hoy se encuentran en la capilla de Señor San José.

Si el vértigo no hubiese invadido el cerebro de los primeros caudillos y el éxito de reunir ejércitos considerables con los que ni soñaban, no los hubiese cegado hasta el punto de creer innecesario disciplinar esas masas, es probable que con los conocimientos militares que tenían y con ejércitos menos numerosos, se hubiesen dedicado á instruirlos y hubieran podido hacer una revolución menos rápida que la que hicieron, pero más fructífera, sin que hubiesen llegado al fin desastroso que cast todos ellos encontraron.



DON MARIANO BALLEZA.

Entre la clase sacerdotal fué entre la que en los primeros días hizo más prosélitos la idea de independencia, y numerosos fueron los miembros de ella que se lanzaron á la Revolución. Si la adhesión de muchos militares se explica por el afán de medrar que podía suponerse en ellos, la de los sacerdotes sólo se comprende teniendo en cuenta la situación de entonces, que no era nada grata para los criollos, y menos aún para los indios, que se veían vejados por todos, y reflexionando que ellos mismos, á pesar de su carácter sacerdotal, sufrían humillaciones y persecuciones.

Don Mariano Balleza, sin embargo, no parece haber sido de estos últimos, y más bien puede decirse de él que las circunstancias lo arrastraron á la revolución.

Nacido en el Obispado de Valladolid, hizo sus estudios en aquella ciudad, donde recibió las sagradas órdenes, y poco después fué destinado á la Parroquia de Dolores, en calidad de Vicario, pues era demasiado extensa para que dos sacerdotes pudieran atenderla. Ya allí, por el continuo trato con el Cura Don Miguel Hidalgo, se enteró de las opiniones políticas de éste y de sus planes de levantamiento, los que secundó, porque estaban de acuerdo con sus ideas, pues en realidad la mayoría de la clase media y toda la baja, eran afectas á la independencia, como lo demostró la gran resonancia que tuvo el grito de Dolores.

En la madrugada del memorable día 16 de Septiembre, acompañó el padre Balleza á Hidalgo á todas las diligencias que hizo, y cuando se llamó á misa recibió el encargo de prender al padre Don Francisco Bustamante, español, que era el encargado de decir la misa, y que ya había empezado á revestirse, y lo llevó á la cárcel, de donde á poco fué enviado á Querétaro. Hecho esto, acompañó á los caudillos á San Miguel, y desde ese momento siguió la suerte de Hidalgo.

En Celaya se le dió un grado en el ejército, y pocos días después, en Acámbaro, recibió el de Teniente general; sin embargo, no consta que á pesar de ese título mandase algún Cuerpo en las diversas acciones de guerra en que se encontró; en el camino para México quedó Balleza encargado de la custodia de las autoridades michoacanas que cayeron presas antes de haber podido llegar á su destino, y á las que trató bastante bien para aquellos tiempos, y á pesar de las exageraciones del Coronel García Conde. Fué de los últimos que se retiró en Aculco y siguió á Allende á Guanajuato, pues parece que aunque era decidido adicto del Cura de Dolores, más confianza tenía en los hombres de espada que en los de traje talar. No tomó parte en la batalla de las Cruces, pues consta que durante el avance permaneció en Toluca, donde aplacó á la plebe, que quería saquear la casa de un español; Alamán, que demuestra ojeriza especial hacia este insurgente, dice que al estar el padre Balleza predicando á la plebe, interrumpía su plática para arrojar puñados de dinero al pueblo, "para quien sin duda era más convincente este argumento que las razones del orador;" permaneció lejos del campo de la acción cuidando á los prisioneros, á los que colocó "entre los cajones del parque, para volverlos si la batalla se perdía."

En Guanajuato permaneció á las órdenes de Allende, quien para desprenderse de él, pues no le tenía muy buena voluntad, lo despachó, en unión del Capitán Huldobro y del Lic. Avendaño, á Guadalajara, "para el arreglo del Gobierno y demás," aunque pre-

viniendo al primero "en presencia del mismo Balleza, que no se le obedeciese, por ser tan manifiesta su debilidad, y que sólo pensaba en su seguridad personal. No fué necesario que llegasen á Guadalajara, ni para su toma, ni para el arreglo del Gobierno, porque Torres ya se había hecho dueño de la ciudad y había empezado á dictar providencias administrativas acertadas. Los recién llegados lo ayudaron en esta tarea y Balleza se dedicó á hacer los preparativos necesarios para la recepción de Hidalgo. Llegado Allende, que con las acciones de las Cruces, Aculco y Guanajuato había adquirido alguna experiencia, se dedicó á instruir al ejército y á eliminar de él los elementos extraños que no podían ayudarle; una de sus disposiciones fué jubilar al padre Balleza con su grado de Teniente general, á fin de que no tuviese mando militar alguno, pues estaba demostrado que no era soldado.

Asistió á la batalla de Calderón, ya sin carácter militar, y acompañó á los jefes en su viaje á Zacatecas, Saltillo y Baján, donde con ellos fué hecho prisionero; llevado á Monclova con el núcleo principal de presos, siguió con él hasta Mapimí, donde todos los eclesiásticos fueron separados para ser conducidos á Parras y á Durango el 3 de Abril. En esta última ciudad se le formó proceso en todo el mes de Mayo de 1811; ningún historiador habla de las causas instruidas á Balleza, á Don Ignacio Hidalgo y á los demás sacerdotes, clérigos y regulares, llevados á aquella ciudad, y acaso se hallan perdido, como se han perdido tantos documentos para la historia; sin embargo, no es ocioso emprender su busca, la que tal vez daría el resultado de encontrar esas causas.

La autoridad militar fué la encargada de formar el proceso de Balleza y de los demás sacerdotes; su Juez fué Don Angel Píñilla Pérez, Teniente letrado y asesor ordinario de la Intendencia, que terminó en poco tiempo su cometido y que casi sin excepción condenó á muerte á todos los prisioneros. Pero se encontró con la oposición decidida del Obispo de la Diócesis, Don Fran-

cisco Gabriel de Olivares, que se negó resueltamente á degradarlos, resolución que le causó muchos disgustos y que fué causa de que tuviera agrias disputas con la autoridad política. Refiere Fray Gregorio de la Concepción en sus "Apuntes," que dicho señor Obispo mandó decir á él y á sus compañeros de infortunio "que no tuvieran cuidado, pues mientras él viviera no los matarían," y cumplió en efecto su palabra, pues durante más de un año que todavía vivió, aunque en estrecha prisión, conservaron todos los presos la vida. Pero habiendo muerto el Prelado el 12 de Febrero de 1812, el Intendente creyó encontrar en el Vicario Capitular un hombre complaciente que se prestaría á la degradación. Pero se equivocó y entonces el Brigadier Bonavía se resolvió á obrar por su cuenta y dió orden al Teniente Coronel de caballería, Don Pedro Allandé y Saavedra, de que sacase de la cárcel á Balleza y á sus compañeros y los condujese á la hacienda de San Juan de Dios, donde los haría fusilar por la espalda, sin vestiduras sacerdotales y sin que se les tirase á la cabeza.

Allandé ejecutó estas órdenes y el 17 de Julio de 1812 hizo fusilar al Teniente general Don Mariano Balleza, á Don Ignacio Hidalgo, que no tenía otro delito que el de ser pariente del Cura de Dolores y de haberlo acompañado durante la revolución; á Fray Bernardo Conde, Pedro Bustamante, Fray Carlos Medina y Fray Ignacio Jiménez. El único que escapó de esta hecatombe, innecesaria ya después del tiempo transcurrido desde la prisión de los sacerdotes, fué el más comprometido, Fray Gregorio de la Concepción, que reclamado por las autoridades de San Luis á causa de la revolución local, en que tomó parte, consiguió salir sentenciado á destierro.

Ejecutado el padre Balleza y sus compañeros, se les volvió á vestir sus hábitos sacerdotales, pues el subterfugio de no tirarles á la cabeza y quitarles esos hábitos, se debió á que no habían sido degradados por la autoridad eclesiástica, como era lo debido, y Bonavía creyó con él conciliar sus deberes de cristiano y sus obligaciones de

soldado. No creemos que lo consiguiera, y con semejante conducta sólo acreditó sus sanguinarios instintos.

Durante todo el tiempo que Don Mariano Balleza estuvo en la revolución, lo acompañó sin carácter oficial alguno, un joven sobrino suyo, llamado Gerónimo Balleza, que también cayó prisionero y figura en las listas de prisioneros; Salcedo lo destinó, como á muchos otros, á trabajar en una de las haciendas de las inmediaciones de Monclova, en calidad de preso, ignorándose la suerte que después correría este insurgente.



DON MARIANO ABASOLO

Fué el más joven de los primitivos conjurados, y á él cupo suerte menos adversa que la que tocó á sus compañeros.

Hijo de un vascongado que en Nueva España logró labrar una regular fortuna, Abasolo nació en Dolores el año de 1783, y terminados sus primeros estudios se dedicó á la carrera de las armas, en la que por su fortuna consiguió pronto alcanzar el grado de Capitán del Regimiento de la Reina; estuvo en el Cantón de Jalapa, donde trabó tan estrecha amistad con Allende, que en lo de adelante no se interrumpió nunca y arrastró al joven Abasolo hasta la revolución, sin que consiguiese romper esa amistad el matrimonio que contrajo con Doña María Manuela Taboada, de Chamaquero, que también era dueña de un rico patrimonio heredado de su padre. Propietario Abasolo de las productivas haciendas de Rincón, Espejo, y San José de las Palmas, además de las que constituían el dote de su esposa, en realidad no disfrutó de sus cuantiosos bienes, y sólo le sirvieron para librarlo del cadalso.

Conspiró con Allende desde que éste empezó á pensar en la Independencia; sin embargo, no tomó parte en los sucesos de la madrugada del 16 de Septiembre, y la luz de este día lo sorprendió descansando tranquilamente en su casa, cuando el pueblo estaba pronunciado. A pesar de las súplicas de Doña Manuela, se unió á los subleva-

dos y dió orden al sargento Martínez de que entregase á Hidalgo las armas del Regimiento. En Celaya fué hecho Coronel, y con tal carácter se hizo acompañar de Camargo, cuando fué á intimar á Riaño en Guanajuato la rendición de la plaza. No tomó parte en el asalto de Granaditas, pues en su declaración dijo que durante él estaba en la casa de su amigo Don Pedro Otero, tomando chocolate.

En Acámbaro fué promovido al grado de Mariscal, con el que asistió á la batalla de las Cruces, donde mandó una ala del ejército, y después de la dispersión de Aculco acompañó á Allende á Guanajuato y Guadalajara. Entre tanto, su casa de Dolores fué saqueada por las tropas de Flon, Conde de la Cadena, y su esposa vióse obligada á huir; no encontrando en Valladolid á su marido, y viendo que la revolución iba de capa caída, dedicó todo su empeño á conseguir el indulto de Abasolo, y á este fin consagró desde entonces su actividad y sus recursos.

En Guadalajara él y Doña Manuela consiguieron salvar la vida de bastantes españoles, y si Don Mariano siguió á Calderón al ejército, fué en realidad porque aún no estaba arreglado su indulto; durante el trayecto hasta el Saltillo, fué visto con desconfianza por Allende, Aldama y Jiménez, y en este último punto lo alcanzó su esposa llevándole un salvo-conducto de Calleja para que se presentase á las autoridades españolas. Creyó más conveniente salir del país mientras se arreglaba definitivamente su indulto, y por esta razón siguió á los principales jefes y con ellos cayó prisionero en Bajan. Su esposa quedó en el Saltillo, pues Allende prohibió que siguiese al ejército y hasta que hablase con alguien, por temor de que consiguiese la desertión de algunos insurgentes.

Conducido á Chihuahua, vió templado el rigor de sus prisiones por los solícitos cuidados de su esposa, que dando muestras de gran energía lo acompañó á través del desierto, sufriendo penalidades sin cuento. En Chihuahua fué su causa la primera que empezó á formar el Juez Abella, y su proceso

sirvió para formular cargos á los demás prisioneros, pues él sólo trató de salvarse y no escatimó las acusaciones contra Allende, y sobre todo contra Hidalgo. Lo extenso y pormenorizado de sus declaraciones y las numerosas diligencias á que dieron lugar, hacen su proceso en extremo interesante, y á él se debe recurrir siempre que se quieran conocer los detalles del grito de Dolores; calló, sin embargo, que desde 1808 era conspirador, que dió algunas sumas para los gastos que se hacían en Querétaro, y otros pormenores que hubieran podido comprometerlo más, y en cambio él tuvo toda la culpa del fusilamiento de Chico, que hasta entonces había pasado inadvertido, creyendo que había desempeñado un papel muy secundario en la revolución. Acusó, así mismo, al Doctor Gastañeta y á varios de los presos.

Más que las declaraciones rendidas fueron las influencias puestas en juego, las que consiguieron que no recayese una sentencia capital sobre Abasolo: el Consejo de Guerra lo sentenció á prisión perpétua fuera del Reino, y mientras se ejecutaba la sentencia, Doña Manuela volvió á Dolores para reunir los fondos indispensables del viaje. Encontróse su patrimonio en el más triste estado, pues las haciendas estaban devastadas y los bienes en la ruina; sin embargo, pudo recoger algo, que le sirvió para salvar á varios realistas en Septiembre de 1811, que fué ocupado Dolores por los insurgentes. En el año de 1812 se embarcó para la península, acompañando á su marido, que iba destinado preso al castillo de Santa Catarina, de Cádiz. En los cuatro años que aun vivió Abasolo, ni un sólo día se desmintió la abnegación de su esposa, y cuando aquél falleció, en 1816, regresó á México, estableciéndose en Dolores, donde se dedicó á la educación de su hijo, Don Rafael Abasolo, que aun vivía en 1850, según afirma Alamán.

Abasolo fué declarado benemérito de la Patria en grado heróico, y se mandó inscribir su nombre con letras de oro en el salón del Congreso. Hace algunos años, se pensó en traer sus restos, pero por más di-

ligentemente que fueron buscados, no se pudieron encontrar.

"La debilidad de carácter que Abasolo manifestó, dice un biógrafo suyo, puede atribuirse á su corta edad y á las influencias opuestas de Allende, que lo hizo entrar en la revolución, y de su esposa, que lo inclinaba á abandonarla; mas si esto disculpa algún tanto su conducta, nunca lo vindica."



DON JOAQUIN ARIAS

La circunstancia de haber muerto por la causa de la Independencia, borra las faltas que anteriormente pudiera haber cometido Arias, y lo hace merecedor de darle lugar en una galería como ésta, donde figuran todos los hombres que lucharon con más ó menos fortuna y constancia por la Patria.

Arias era en 1810 Capitán del Regimiento de Celaya, y tendría entonces poco más ó menos la misma edad que Allende, con el que contrajo estrecha amistad desde Jalapa, donde estuvo con el Cantón. Se ignora en qué tiempo tomaría parte en la conspiración, pero probablemente lo hizo desde 1808, que pretendió libertar á Iturrigaray cuando era llevado á Veracruz; mandaba algunas Compañías de su Regimiento, que estaban acantonadas en Querétaro, y concurría á las juntas que se tenían en la casa del Br. Sánchez y en las de los Licenciados Altamirano y Lazo. Estaba comprometido á pronunciarse el día primero de Octubre de 1810, pero ya fuese que al ver acercarse la fecha del alzamiento tuviese temor, ya que supiese que la conspiración estaba descubierta, lo cierto es que creyó conveniente denunciarse á sí mismo, como lo hizo el 10 de Septiembre, ante el Alcalde Don Juan Ochoa y el sargento mayor del Regimiento, Alonso.

Ochoa desconfió del Corregidor Domínguez y puso todo en conocimiento del Virrey Venegas, por medio de un correo ex-

traordinario que alcanzó al gobernante antes de que llegase á la capital. Arias entregó las cartas que había recibido de Allende é Hidalgo, y quedó en libertad; el 14 la Corregidora le mandó avisar, por medio de su hijastra y del padre Sánchez, lo ocurrido durante la noche anterior, y al mismo tiempo lo excitaba á que inmediatamente diese principio á la revolución; Arias contestó con desabrimiento que se veía en aquel compromiso por haberse fiado de quienes no debiera y que ya tenía tomado su partido. Seguramente éste era tomar consejo del Alcalde Ochoa, pues á él se dirigió inmediatamente, contándole el suceso y haciéndole saber que él no podía permanecer por más tiempo en la situación difícil en que se encontraba. Arreglóse entrambos la comedia para aprehender al Corregidor, como se verificó la noche del 15, mediante la denuncia que Arias hizo de sus cómplices, en presencia del mismo Don Miguel Domínguez, y para que fuese completa aquella, quedó en calidad de preso en su cuartel, bajo la inmediata vigilancia del Mayor Alonso. A la llegada del oidor Collado, se practicaron algunas diligencias en su causa, principalmente un careo con Téllez, el correo de Hidalgo en Querétaro, y que se fingió loco; pero en realidad no se procedió contra Arias, y como éste consiguió hacer creer á su Juez que podía disuadir al Cura de Dolores de sus ideas de revolución (aun cuando ya las había puesto en práctica), se le dejó en la más completa libertad para marchar al campo independiente.

En Celaya se reunió con los insurgentes y en la promoción de Acámbaro recibió el grado de Teniente General: sus antecedentes permitían esperar que desempeñaría un gran papel entre ellos y que figurase después de Allende, pero su conducta sospechosa fué tal vez la causa de que se le viese con desconfianza y de que poco figurase, á pesar de la deferencia que hacia él mostró Allende. La falta de un diario de las operaciones del ejército insurgente, hace que se ignoren muchos pormenores sobre la conducta de los jefes independientes

en su campaña y peregrinaciones desde Dolores hasta Saltillo, y apenas quedan noticias de lo que en ellas hicieron individualmente algunos de los jefes. Arias debe haber tenido algún mando en las Cruces y en Aculco; después de esta acción siguió á Allende á Guanajuato, y es probable que muy directamente tomase parte en los preparativos de defensa de la plaza; fué á Guadalajara y en la Junta de guerra habida allí, opinó, de acuerdo con Allende, por que no se diese la batalla de Calderón.

En la hacienda del Pabellón fué uno de los que más empeño mostraron porque Hidalgo hiciese dimisión del poder, y cuando Allende se adelantó en Zacatecas, quedó Arias vigilando á Hidalgo, Abasolo é Iriarte; se negó á quedarse con el mando del ejército cuando en el Saltillo se trató este punto; y por cierto que con su negativa salió ganando la causa nacional, pues por más que fuese militar Arias, nunca hubiera demostrado la prudencia y constancia que desplegó Rayón en su retirada. Decidido á salir del país, siguió á Allende, y cuando en Bajan fueron sorprendidos los Generales, y Allende ó su hijo Indalecio quisieron defenderse haciendo fuego sobre Elizondo, Arias quedó muy mal herido por los balazos que recibió de los soldados de aquél.

Fray Gregorio de la Concepción, que también cayó prisionero, acudió á absolverlo dentro del mismo coche en que iba, y trasladado á un jacal, Don Miguel Hidalgo acudió á auxiliarlo á bien morir, "pero con tales palabras, dice un testigo presencial, que nos hizo llorar á todos." Murió el mismo día de la traición, 21 de Marzo de 1811.

Su muerte lo libró del cadalso, á donde fueron todos sus compañeros, y borró en gran parte las manchas que había echado sobre sí delatando la conspiración en Querétaro, lugar donde él se había comprometido á pronunciarse. No ha sido declarado benemérito de la Patria, y casi todos los historiadores se olvidan de él.



DON MARIANO HIDALGO

Era hermano del Cura de Dolores, hijo del tercer matrimonio de Don Cristóbal con Doña Gerónima Origel; nació, probablemente, en la década de 1770 á 1779, y muy joven perdió á su padre, pues consta de un modo auténtico que éste ya había fallecido en Octubre de 1791; por lo que quedó á cargo de su hermano mayor Don Miguel, que también llevó á su lado á Doña Gerónima, su última madrastra, la que aún vivía con él cuando proclamó la Independencia, así como otras personas de su familia.

Don Mariano, que era cirujano, se dedicó á las labores del campo en los terrenos de su hermano mayor, é inconscientemente se enteró de los proyectos de éste acerca de la revolución que preparaba, y se encontró mezclado en ella.

En la madrugada del 16 de Septiembre estaba en la pieza de Don Miguel cuando pronunció las célebres palabras de "estamos perdidos," y lo acompañó á poner en libertad á los presos de la cárcel. Las circunstancias de su cercano parentesco con el autor de la revolución y las funciones que probablemente desempeñaba cerca de él, hicieron que se le nombrase Tesorero del ejército independiente, empleo que traía anexo un trabajo considerable, por el gran número de soldados que seguían las banderas de Hidalgo, y por la variedad de sueldos que disfrutaban según su categoría.

Alamán dice que se cometían muchos fraudes, y era natural que así sucediera entre aquella multitud. á la que nadie podía conocer bien; agregu el mismo historiador que Don Mariano nada hacía, pero este cargo es muy difícil de probarse, y en realidad es inexacto, pues aun cuando no se llevase cuenta y razón pormenorizada de los gastos del ejército, con sólo vigilar la conducción del dinero y valores y tener que pagar á aquellas masas, ya se trabajaba bastante. Durante la campaña, Don Mariano no se apartó de su hermano, al que acompañó á Valladolid y Guadalajara; en este último punto pudo poner algo de orden en sus papeles, por la dilatada permanencia de Hidalgo. Después de que éste fué destituido en la hacienda del Pabellón, Don Mariano siguió con el carácter de Tesorero, y desempeñando esa comisión emprendió el camino de Monclova; los siete millones de pesos en moneda y barras que estaban á su cargo, cayeron íntegros en poder de los realistas, que hicieron un saqueo grande tanto del tesoro como de los fondos particulares de cada jefe.

Llevado á Chihuahua se le formó una sumaria causa, en la que se pretendía que declarara contra su hermano, á lo que se negó, y relató en términos generales muchos de los hechos que presenció. Aunque durante el proceso no llegó á probarse que hubiese cometido algún delito, ni que hubiera hecho armas contra el Rey, pues ni grado militar tenia, se le condenó á muerte, por causa del empleo que desempeñaba, pero principalmente por su inmediato parentesco con el jefe de la revolución; la sentencia se ejecutó el 6 de Junio en la plaza de los Ejercicios, de Chihuahua, y el mismo día que Don Mariano, fueron fusilados Don José Santos Villaseñor, más conocido con el apellido de Villa, por el apócope de su apellido, Coronel y pariente de Hidalgo; el Mariscal Don Nicolás Zapata, el Mayor de Plaza Pedro León, y el Capitán veterano de Lampazos, José Ignacío Ramón.

DON IGNACIO HIDALGO, sobrino, al parecer, del Cura y de Don Mariano, que había acompañado á sus tíos desde el prin-

cipio de la revolución, pues con ellos vivía en Dolores, como era clérigo, fué enviado á Durango, donde se le fusiló hasta un año y meses después, el 12 de Julio de 1812, en compañía del padre Balleza y de otros eclesiásticos. Ninguna razón ni motivo hubo para ese fusilamiento, que fué una crueldad inútil de Bonavía, pues no consta que cometiese Don Ignacio ningún hecho delictuoso ni tuviese cargo alguno en la revolución; acompañaba á Don Miguel como lo acompañaban las señoras de su familia y de las de otros Generales.



DON IGNACIO ALDAMA

Los primeros caudillos, á su paso por las diversas poblaciones que invadían, iban engrosando sus filas con elementos de toda clase, entre los que no faltaban hombres inteligentes á quienes causaba sorpresa y simpatía la revolución, ó que de antemano estaban filados en la conspiración y veían llegada la hora de empezar á realizar sus aspiraciones.

Uno de estos últimos fué el abogado Don Ignacio Aldama, hermano del Capitán del Regimiento de la Reina, que habia tomado parte en las juntas de San Miguel y que estaba en la creencia de que el movimiento estallaría el 10. de Octubre; se sorprendió por lo tanto, al ver entrar, la noche del 16 de Septiembre, á los cinco mil hombres que ya formaban el ejército de Hidalgo, y al saber que éste estaba pronunciado. Al día siguiente presidió á la Junta que el Generalísimo citó, y en ella quedó Don Ignacio investido de los mandos político y militar de la población. Con tal carácter empezó á dictar las providencias necesarias para fomentar el levantamiento y para proveer de víveres al ejército; detuvo una gran cantidad de pólvora que iba para las minas de Zacatecas, y se apoderó de una buena partida de maíz que después resultó que pertenecía, en parte, á Abasolo, según éste declaró en su causa.

Quedó en San Miguel cuando el ejército siguió su marcha, y sólo salió de allí á fi-

nes de Octubre, cuando supo que Flon y Calleja se acercaban. Para evitar que su familia sufriese tropelías de los realistas, se hizo acompañar de ella y de la de su hermano Don Juan, y se incorporó al ejército independiente dos días antes de la acción de Aculco. El colegio de abogados de México, al cual pertenecía, sabedor de que uno de sus miembros se había declarado insurgente, se apresuró á borrarlo de sus listas y aprovechó la ocasión para dirigir al Virrey una bien escrita protesta contra la revolución.

Don Ignacio siguió la suerte de Allende acompañándolo á Guanajuato y Guadalajara; en esta última ciudad trató de arreglar el Gobierno independiente unido á Rayón, Chico, Avendaño y otros, y fué uno de los que contribuyeron á la publicación del "Despertador Americano," primer periódico de los insurgentes. En la hacienda del Pabellón opinó por la destitución de Hidalgo, y en el Saltillo, cuando definitivamente se resolvió el viaje á los Estados Unidos, Aldama, que ya tenía el grado de Mariscal de campo, recibió el nombramiento y las credenciales de Embajador cerca del Gobierno de Filadelfia, y las instrucciones de adelantarse para conseguir auxiliares y armamento y una favorable acogida, para lo cual se le entregó una suma considerable en barras de plata y numerario.

Gracias á las disposiciones de Jiménez, no encontraron obstáculos en su camino Aldama y su Secretario, el franciscano Salazar, y llegaron á Béjar, que ya se había pronunciado y donde gobernaba el Capitán Casas; pero la contra-revolución, organizada por el Subdiácono Zambrano, estaba muy adelantada, y al fin estalló en los primeros días de Marzo de 1811; Aldama, Salazar y sus acompañantes, fueron presos, quitándoseles el dinero y papeles que llevaban, y se les sometió á proceso. Sin embargo, acaso no hubiera sido fusilado, pues los contra-revolucionarios no tenían ideas muy firmes, y á la aproximación de los Generales tal vez habría sido dejado en libertad, pero la noticia de lo ocurrido en Bajan, unida á las órdenes del Gobernador de la provincia, hi-

cieron que su sentencia y ejecución se apresurasen; llevado á Monclova, que era la capital de aquella, fué fusilado el 20 de Junio de 1811.

Antes de morir publicó un manifiesto "lleno de resignación y de humildad," en el que se arrepiente de su conducta, y pide perdón á todos aquellos á quienes hubiese causado algún mal. Ese manifiesto, así como otros varios, no debe verse como un signo de debilidad y cobardía, sino como la última manifestación de un creyente que va á comparecer ante la presencia de Dios y que en sus postreros momentos mide toda su pequeñez y sólo espera en la Misericordia Divina.

Don Ignacio Aldama, así como su hermano Don Juan, era vecino de San Miguel el Grande; hizo en México sus estudios de abogado y regresando á su ciudad natal, poco ejerció su profesión y se dedicó á las labores del campo, consiguiendo á fuerza de laboriosidad y honradez hacerse de un pequeño capital; su familia y la de su hermano quedaron en la orfandad, y un sobrino de ambos, también se encontró complicado en la revolución. Don Ignacio no ha sido objeto de ningún honor especial, por más que tuviera más derecho que algunos otros, para haber sido declarado benemérito de la Patria, y su sepulcro está olvidado allá en Monclova, y acaso ya no guarde los restos del abogado y caudillo insurgente.



D. MARIANO JIMENEZ.

Las revoluciones dan el resultado, entre otros muchos, de revelar impensadamente las aptitudes de muchos, que ni remota idea tenían de lo que es una revuelta, para la guerra, y de atraerlos á ella con más fuerza que la que el imán emplea para atraer el hierro. Esto, que con demasiada frecuencia se ha visto en nuestra larga serie de luchas intestinas, sucedió con el caudillo de la Independencia Don Mariano Jiménez.

Fué alumno de la Escuela de Minería de México, donde hizo sus estudios especiales, y en el momento de estallar la revolución de Doctores, se encontraba en Guanajuato como empleado en las minas de la localidad, en compañía de Don Rafael Dávalos y de otros antiguos alumnos del mismo plantel. A pesar de que el cuadro de horror y de matanza que presencié en Granaditas no era el más á propósito para inspirarle una alta idea de la revolución, el anhelo de independencia que estaba tan arraigado ya entre los criollos, le hizo alistarse entre las filas de los insurgentes. Hidalgo, que probablemente ya lo conocía, se apresuró á atraérselo, y apenas supo su determinación, le dió el grado de Coronel.

El nuevo insurgente estaba ansioso de acreditar su competencia, y por cierto que no le iban á faltar ocasiones en medio de aquella lucha á muerte que empezaba. Desde luego fué destinado á la vanguardia, y

el lunes 8 de Octubre de 1810 salió á la cabeza de tres mil hombres por el camino de Silao; dos días después lo siguió el grueso del ejército, y el 16 del mismo mes entraba en Valladolid, precediendo en un solo día al Generalísimo. En la promoción de Acámbaro fué hecho Teniente General y en la marcha sobre México ocupó el puente de Atenco, con lo que obligó á Trujillo á retroceder al Monte de las Cruces, para no ser cortado, y á abandonar el paso de Lerma. Se portó valientemente en la acción mandando una ala del ejército, y situó una batería tan bien enfilada, que sus fuegos molestaron mucho á los realistas. Al día siguiente de la acción, el 31 de Octubre, Jiménez, con el carácter de parlamentario, bajó con otros tres oficiales, en un coche escoltado por cuatro dragones, hasta las goteras de la capital. En Chapultepec se le hizo detener y desde ahí envió al Virrey Venegas el pliego de que era portador, y permaneció algunas horas en espera de la respuesta, hasta que llegó ésta, verbal y perentoria: que ningún trato podía haber con los rebeldes y que él (Jiménez) debería retirarse inmediatamente, si no quería que le hiciesen fuego.

El mariscal acompañó á Allende á Guanajuato, donde activó la fundición de cañones que hacía Dávalos, y tomó otras disposiciones para la defensa de la ciudad; mandó personalmente la batería que en Marfil estuvo molestando á los realistas, y se retiró de la ciudad cuando se cercioró de que la defensa no podía prolongarse más, después de haber intentado continuarla desde el cerro del Cuarto, en la madrugada del 25 de Noviembre. Pasó en seguida á Zacatecas, en camino á Guadalajara, pero antes de llegar á esta última ciudad, en la Hacienda del Molino, Allende le dió la comisión (Noviembre de 1810) de que fuese á propagar la revolución á las provincias internas, donde la idea había atraído numerosos partidarios, y de donde enviaban quejas los revolucionarios de San Luis.

Refiere Alamán que Jiménez sacó de Guadalajara una fuerza de diez á once mil hombres, pero es indudable que en esto también

está equivocado el historiador, pues ni un hombre sacó Jiménez de allí, y en la relación de Fray Gregorio de la Concepción, se dice que cuando el mariscal llegó á las Charcas, tenía doscientos hombres, y no es creíble que tratándose de voluntarios, como eran los soldados insurgentes, se desertasen en tal cantidad hasta dejar casi abandonado á su jefe. El objetivo de Jiménez era llegar al Saltillo, pero cuando supo que el realista Cordero lo esperaba, procuró reunir gente, y á ese fin llamó á Fray Gregorio, que se había hecho de bastantes recursos en San Luis; unidos ambos, continuaron el avance, haciéndose de bastantes hombres en el camino y aumentando su ejército con los soldados de las Compañías presidiales, que eran bastante aguerridos.

El ejército insurgente llegó á contar con siete mil hombres y veintiocho cañones; los primeros no todos estaban armados, y los indios de Mezquitic eran una chusma informe; en cuanto á los segundos, eran poco eficaces; sin embargo, con esos elementos, se presentó batalla á Cordero, que tenía dos mil hombres, verdaderos soldados, el 6 de Enero de 1811, en el punto llamado Agua-nueva, cercano al Saltillo. A los primeros tiros, el ejército realista se pasó al insurgente, y Cordero tuvo que huir, pero á poco fué hecho prisionero por sus mismos soldados.

A consecuencia de la victoria, fué ocupada la ciudad de Saltillo, y se consiguió que el Gobernador del Nuevo Reino de León, Don Manuel Santa María, se declarase en Monterrey por la Independencia, con lo que la insurrección se extendió por todas las provincias internas y llegase hasta los límites de la Colonia con los Estados Unidos. El Obispo Marín, imitando á su colegas de Valladolid y de Guadalajara, dejó su Diócesis, y dirigiéndose á Soto la Marina, se embarcó con rumbo á Veracruz y México. El Capitán Casas se apoderó de San Antonio Béjar, capital de Texas, y aprehendió al Gobernador Salcedo, así como á Herrera, ex-Gobernador del Nuevo Reino de León. La revolución en aquellas extensísimas comarcas se había propagado con más rapi-

dez que en el interior, y no quedaba por el Rey más fuerza que la de Ochoa, que por un momento amenazó cortar las comunicaciones del Saltillo, haciéndose fuerte en el Puerto del Carnero, pero destacado oportunamente el Capitán de presidiales, Treviño, derrotó completamente á Ochoa. El camino para los derrotados de Calderón quedaba libre, y Jiménez, que ya tenía noticia de esta derrota, despachó una fuerza á Matéhuala, para escoltar á los Generales, mientras él se dirigía á Saltillo á preparar los alojamientos de todo el viaje, en unión del Gobernador de Coahuila, nombrado por él y que se llamaba Don Pedro Aranda.

En la hacienda de Buena Vista se reunió Jiménez á los Generales, para seguir la misma triste suerte que éstos, y ya en Saltillo asistió á la Junta de oficiales superiores que resolvió sobre la renuncia definitiva de Hidalgo y el nombramiento de Rayón para jefe del ejército. Las noticias de la contra-revolución de Béjar y las continuas deserciones del destacamento de Monclova, le inspiraron serios temores y lo obligaron á apresurar la salida de los Generales, la que se verificó el 15 de Marzo; tuvo alguna desavenencia con Allende por el envío que hizo éste de Cordero al Saltillo, á causa de que sospechaba de él. A pesar de los numerosos avisos que tenían de que estaban vendidos, la excesiva confianza que Jiménez y Fray Gregorio de la Concepción tenían en Elizondo, parece que fué la causa principal de que caminasen descuidados y sin enviar la tropa por delante.

El día de la traición de Bajan, caminaba Jiménez en el coche de Allende, cuando Elizondo les intimó rendición, éste trató de defenderse y se trabó una reñega que huble-
ra hecho más víctimas, á no mediar Jiménez, que, como todos, quedó bien custodiado y fué atado como los demás prisioneros, aunque después se vió libre de ligaduras, hasta que el mismo Cordero, á quien había defendido cinco días antes, no dió orden de que se le atase de nuevo. Llevado á Chihuahua se le formó causa, que se distingue de las demás por los testimonios de simpatía que le prodigaron los testigos, y

por los muchos permenores que de la revolución en las Provincias Internas contiene. Todo lo declarado en esa causa, dice Alaman, es muy honroso para Jiménez, quien no solo se condujo con mucho tino y acierto en sus operaciones, sino también con mucha humanidad con los españoles, á los que no persiguió en sus personas y despojó de sus bienes, dando una prueba señalada de caballerosa generosidad con el Gobernador de Coahuila, Don Antonio Cordero, que habiendo sido cogido después del desastre de Agua-nueva, por sus mismos soldados y entregado al lego Villerías, que fué en su alcance, recelando Jiménez por lo que conocía del carácter de éste, que el prisionero no sería tratado con la consideración que deseaba, mandó un oficial con un coche para conducirlo, y no sólo lo dejó en libertad, sino que lo recibió y lo alojó en su casa. El ánimo oprimido con la relación de tantos hechos atroces, descansa cuando encuentra una acción generosa, quedando el sentimiento de que ésta no fuese dignamente correspondida con igual nobleza por el enemigo, en cuyas manos cayó por las vicisitudes de las revoluciones, el que con ella se había hecho tan recomendable, dando un ejemplo tan poco común en aquel tiempo."

Jiménez no encontró gracia ante sus Jueces, á pesar de su conducta generosa; condenado á muerte, fué ejecutado el 26 de Mayo de 1811, en la plaza de Ejercicios de Chihuahua, en compañía de Allende, de Aldama y de Don Manuel Santa María, y su cabeza fué colocada en uno de los ángulos de Granaditas. El Congreso de 1824 lo declaró benemérito de la Patria y mandó inscribir en letras de oro su nombre, en el salón de sesiones del Congreso. El Colegio de Minería, del que fué digno alumno, jamás se ha ocupado de honrar la memoria del bravo insurgente, que aun entre los primeros caudillos consiguió hacerse notable.

En los anales de dicho Colegio encontramos las siguientes noticias referentes á los estudios que allí hizo el Mariscal Jiménez. Procedía de una acomodada familia de mineros establecida desde muchos años

atrás en la ciudad de San Luis Potosí. Ingresó en 1796 y en 14 de Noviembre sustentó acto público de matemáticas, hasta Geometría; en el año siguiente terminó el estudio de esa ciencia, y en 23 de Octubre presentó el respectivo acto, bajo la dirección de su Profesor, Don Andrés José Rodríguez; en 1798, siendo su Profesor Don Francisco A. Bataller, cursó Física, asignación de la que tuvo acto el 29 de Octubre; en 1799 estudió Química en la clase de Don Luis Lindner, sustentando el acto público el 30 del mismo mes de Octubre; en 8 de Noviembre del siguiente año de 1800, y patrocinado por su Profesor Don Andrés Manuel del Río, presentó acto de Orictognosia, Geognosia y Labores de Minas. Como en todos sus exámenes había tenido notas muy favorables, en 8 de Enero de 1802 fué Jiménez declarado apto para salir á práctica, y sus superiores consultaron la conveniencia de mandarlo á Zacatecas ó Guanajuato; pero el Tribunal de Minería dispuso que fuese á Sombrerete, por haber ya bastantes practicantes en los minerales citados.

A los pocos días salió para su destino, pero habiéndose comprometido el Marqués de Rayas á recibir á Jiménez en su negociación de Guanajuato, y á su compañero Alvarez Ruiz en la de Catorce, el Tribunal acordó la translación de ambos alumnos, y en Febrero de 1803 pasó Don Mariano á Guanajuato. Terminada su práctica, vino á esta capital á sustentar su examen de perito minero, en 19 de Abril de 1804, y después de disfrutar de algunos meses de descanso, regresó á aquel Mineral, donde su inteligencia y asiduidad le habían asegurado un puesto en la mina de Rayas. Ahí lo sorprendió la revolución de Independencia, en la que tan activa parte tomó, según hemos visto.



D. JOSE MARIA CHICO.

Miembro de una distinguida familia de Guanajuato, cuyos descendientes aún viven en aquella ciudad, era el abogado Don José María Chico, que desde los primeros días de la insurrección siguió el partido nacional. Hizo sus estudios en esta capital, y terminados, regresó á su ciudad natal, donde se dedicó al ejercicio de la abogacía, que debe haber sido pingüe entonces, por ser Guanajuato una capital rica y muy poblada, ocupando bajo este concepto acaso el primer lugar después de México. Era hijo de un rico español avecindado en la población, llamado Don Bernardo Chico, gran amigo de Don Miguel Hidalgo, y uno de los pocos europeos á quienes la revolución en sus comienzos no causó gran daño.

En su casa se alojó el Generalísimo, y á uno de los hijos de su huésped le dió el mando del Regimiento que levantó en la ciudad; al otro hijo, que es el de que nos ocupamos, lo hizo su Secretario. Necesitaba el caudillo de la revolución un empleado que se entendiese con su correspondencia, y que hiciese propaganda á la causa, expidiese nombramientos, etc., y no encontró hombre más á propósito que el abogado Chico, al que conocía de tiempo atrás y con cuyo padre lo ligaban vínculos de amistad.

Acompañó á Hidalgo á Valladolid, las Cruces, etc., pero era tan poco el tiempo que el caudillo permanecía en cada punto,